

# Jeromin

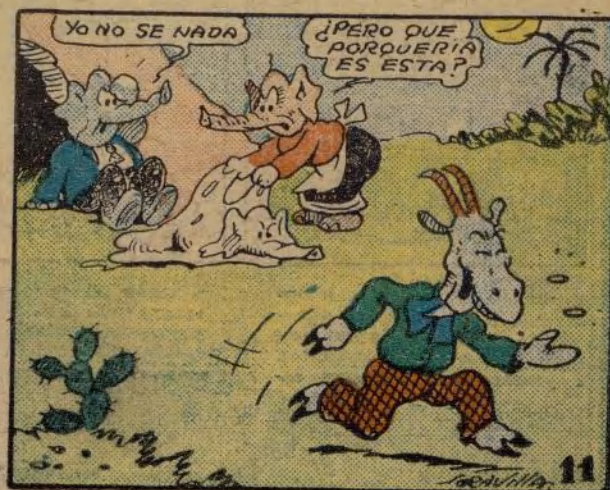
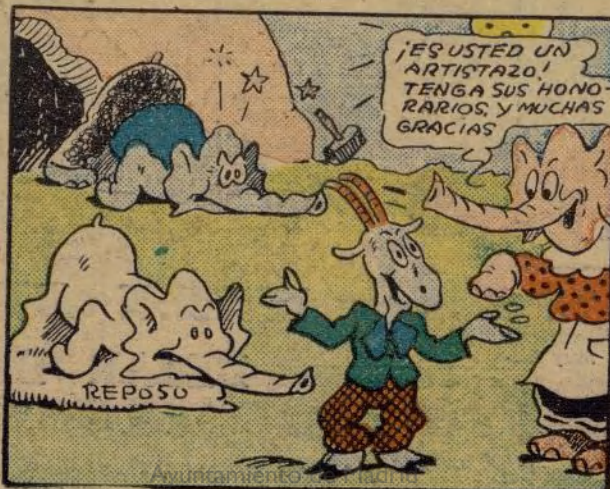
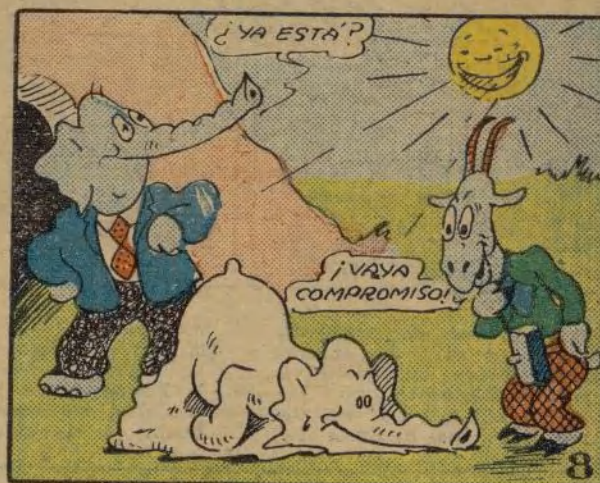
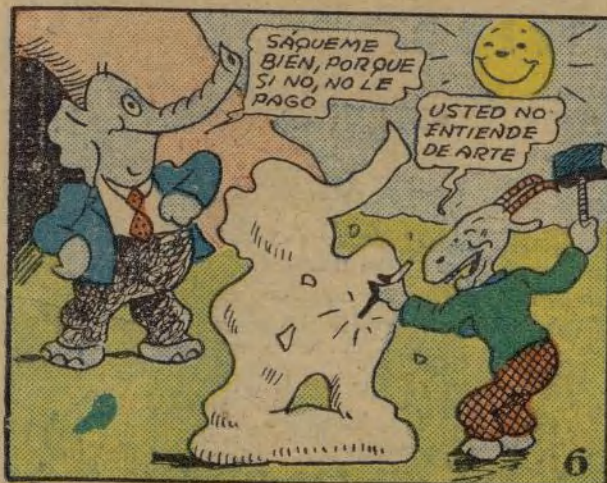
10 CTS

AÑO VI.—NUM. 294

REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los Jueves)  
MADRID.—ALFONSO XI, 4.—APARTADO 466

27 de diciembre de 1934

## EN LA SELVA CIVILIZADA El Escultor





## BUENA PUNTERIA!



Don Pancho, que era una buena persona, y que hasta entre los indios contaba con amigos, había ido a visitar a su compadre "Pluma Verde", para pasar un ratillo con él y jugarle una partidita de brisca, que era su debilidad. Mas aprovechando la distracción de los dos amigos, el



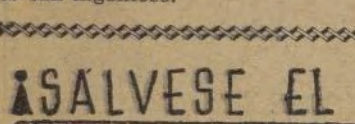
bandido "Piernas Largas" le robó el jaco a don Pancho, huyendo con el caballo. Don Pancho y "Pluma Verde" salieron a los gritos de triunfo del bandido, que se alejaba; pero don Pancho, gran tirador de flechas, le detuvo por este procedimiento tan ingenioso.



El bestia del nene había cogido una "perra" que se le hincha la cabeza de rabia. La criada, que adoraba al nene, pensó que hasta le podía dar un ataque si seguía llorando. Y como lo que el nene quería era patinar y no tenía trineo, la criada complaciente hizo helar una cantidad de agua sobre la estera hasta dejarla completamente tiesa, y dándole una forma adecuada, la criada complaciente y el nene se dedicaron a practicar el bonito "sport" de los deslizamientos por las cuevas heladas con una elegancia definitiva.



Y con la cola del burro se fabricó una brocha a prueba de bomba y de barbas duras y difíciles, como podéis ver.



dos sus habitantes huían espantados, a la vista de aquella fiera tan horrible que se lanzaba sobre los transeúntes. Y jamás pudo Patinete explicarse el por qué de aquel terror que había causado su presencia entre los vecinos de aquella invicta y muy heroica villa.



ningun jerominista debe dejar de comprarlo

## VERDADES Y MENTIRAS

### EL HIJO DEL RICO Y EL DEL POBRE

Un rey de la antigua Persia había disfrutado la fortuna de tener un ministro que era un verdadero filósofo y un hombre de gran probidad. Un día el ministro le pidió permiso para retirarse de la vida activa.

—¡Oh, rey!—le dijo—; yo he hecho cuanto he podido para



que tu reinado fuese pacífico, y tú me has sabido corresponder justamente. Ahora quiero enseñar a mi hijo a servirte como yo te he servido.

—Accedo a tu deseo—respondió el rey—, pero a condición de que te lleves contigo a mi hijo, el príncipe heredero, para que él también pueda aprender a practicar las virtudes que tú practicas.

Cinco años después, el ministro volvió a la corte con los dos jóvenes. Pero el rey advirtió que su hijo no había aprovechado tanto como el hijo del ministro.

—¿A qué se debe esta diferen-

cia?—le preguntó el rey, sorprendido.

—¡Oh, rey!—contestó el filósofo—; mis lecciones y cuidados se han repartido por igual entre ambos; pero mi hijo sabía que durante su vida había de necesitar a los demás hombres, mientras que tu hijo estaba convencido de que los demás hombres han de necesitar de él algún día.

### LA CENA DEL LOBO

Un lobo hambriento rondaba de noche por las afueras de un pueblo. Era un invierno crudo y no había encontrado nada que comer. Por eso se había acercado al pueblo: por si hallaba algo que devorar. Se acercó a una puerta y se puso a escuchar. Dentro lloraba un niño.

—¿Quieres callarte?—tronó un vozarrón de hombre. Pero el chiquillo continuó llorando.

—Si no te callas, llamaré al lobo para que te coma.

El lobo aguzó los oídos. La cosa se ponía interesante.

—¡Vaya!—pensó el lobo—. Esto significa que tendremos cena—y se relamió los labios.

A poco oyó una voz femenina, muy dulce, que decía:—No temas, tesoro mío. No llamaremos al lobo. Y si viene, tu papá saldrá con un palo y lo matará. Duermes, cielo; no tengas miedo del lobo!

—¡Qué gentes más raras!—

—pensó el lobo con melancolía—. Uno dice una cosa y el otro dice todo lo contrario—y se marchó a buscar su cena en otra parte.

### LA VENGANZA

Un favorito de la Corte de un sultán tiró una piedra, en cierta ocasión, contra un pobre infeliz que le pedía limosna. El desgraciado no se atrevió a protestar, sino que recogió la piedra y si la metió en el bolsillo.

—Algún día me servirá para vengarme—pensó.

No mucho tiempo después,



sintió un gran tumulto en la plaza. Preguntó de qué se trataba, y le respondieron que el favorito del sultán había caído en desgracia, y lo llevaban por las calles atado encima de un camello, expuesto a los insultos del populacho.

—Ha sonado la hora de mi venganza—pensó el ofendido, sacando la piedra del bolsillo. Pero, después de pensarlo bien, la tiró a un pozo.

—A la verdad, no es razonable nunca vengarse—pensó—, porque si el enemigo es poderoso, la venganza resulta peligrosa; y si está vencido, es una vileza.

## PELUQUERO GENIAL



"Jabonadura" era el mejor peluquero del pueblo. Tan bueno, tan bueno era que hasta los animales se colaban en la peluquería para admirar sus filigras-



nas artísticas. Y en una de ellas, un asno que se había colado como Pedro por su casa, se tragó la brocha, dejándole a "Jabonadura" sin poder prose-

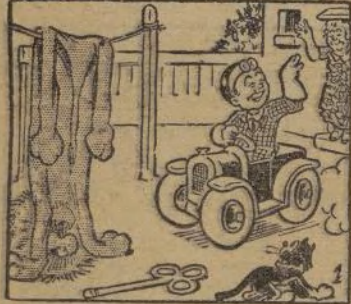


guir su tarea. Pero el barbero era ingenioso y se dijo: Si este jumento se ha tragado la brocha, él me proporcionará otra.



Y con la cola del burro se fabricó una brocha a prueba de bomba y de barbas duras y difíciles, como podéis ver.

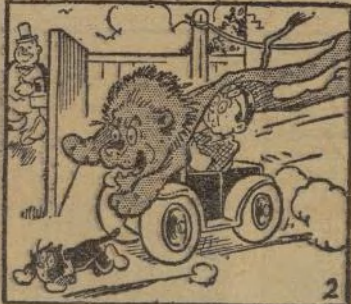
## ¡SALVESE EL QUE PUEDA!



Patinete se despidió muy contento, y salió a dar una vueltecilla en su automóvil mecánico. Patinete no era precisamente un "as" del volante, y a las primeras de



cambio se llevó por delante la piel de león que adornaba el recibimiento de su casa. Y Patinete, que jamás había asustado, fué aquella tarde el terror de la ciudad, pues to-



picarse el por qué de aquel terror que había causado su presencia entre los vecinos de aquella invicta y muy heroica villa.



ningun jerominista debe dejar de comprarlo

## HA SALIDO EL MAGNIFICO

### ALMANAQUE "Jeromin" PARA 1935

Se ha puesto ya a la venta. Pedido en quioscos y librerías. Aventuras. Cuentos. Historietas. Chistes. Pasatiempos. Ilustraciones maravillosas! 52 páginas.

#### DOS COLORES

¡Sólo cuesta 75 céntimos!



## NINGUN JEROMINISTA DEBE DEJAR DE COMPRARLO



## CUENTO **dos docenas de Pepes**



Había una vez un rey que tenía veinticuatro hijos. Veinticuatro, y todos varones. Y los veinticuatro se llamaban Pepe. El rey había escogido este sistema por una razón práctica: porque si a cada uno de sus hijos hubiese tenido que dar un nombre diferente, figurao qué esfuerzo de memoria hubiera necesitado continuamente y qué confusiones hubiese padecido. Y de esta otra manera, cuando deseaba hablar con alguno de sus hijos, los mandaba poner a todos en fila, los contaba, uno, dos, tres, cuatro... y nombraba a aquel a quien deseaba por el lugar de orden que ocupaba en la fila.

Pues bien; sucedió una mañana... Pero antes habéis de saber que cada mañana el rey pasaba revista a sus hijos, y los contaba uno por uno para ver si estaban todos. Una mañana, pues, contó y recontó, y vió que había uno de menos. ¡Sólo había veintitrés!

—¿Qué significa esta anomalía?—gritó el rey conturbado.

—Significa—respondió su ayudante, que estaba fuerte en matemáticas—que falta uno.



—¿Que falta uno? ¡Eso se dice pronto! ¿Pero cuál? ¿Cuál de los veinticuatro? ¿El primero? ¿El segundo?... ¿El vigesimocuarto?

Figuraos la consternación del pobre rey. Tenía que buscar por todas las maneras al hijo perdido; ¿pero cómo? ¿Cómo, si en rigor no sabía quién era el que se había perdido? ¿Cómo iba a poder publicar una fotografía suya o dar sus señas en los periódicos?

Tuvo, pues, que recurrir a otros medios heroicos. Toda la Policía del reino fué movilizada en busca del desaparecido. Miles y miles de agentes se despararon en todas las direcciones y registraron ciudades, aldeas, campos, bosques, casas, pozos, ríos y hasta las cajas fuertes de los bancos y los tarros de las boticas. Todos ellos regresaron con las manos vacías.

El rey iba desesperándose por días, y llegó a descuidar los negocios del Estado. En vano su ayudante procuraba distraerlo y consolarlo.

—Después de todo—le dijo un día—, todavía os quedan veintitrés. ¿No son bastantes?

El rey no le abrió la cabeza al oírle aquella sandez, porque estaba tan fuera de sí que había llegado a no acordarse casi de los hijos que le quedaban.

Otro día, el ayudante halló otro nuevo argumento para consolar al monarca:

—Señor—le dijo—: ¿Estáis verdaderamente seguro de que os falta algún hijo? ¿No sería posible que aquel día hubieseis contado mal?

En otra ocasión, el rey hubiera condenado a muerte al temerario que se hubiera permitido apuntar tan humillante suposición. Pero entonces se agarró a ella como un náutico a una tabla.

—¡Por favor!—exclamó—. Id vos mismo al instante y contadlos. Yo no podría hacerlo serenamente; estoy demasiado emocionado; me equivocaría de nuevo.



El ayudante salió, y el rey se quedó esperando su vuelta con un ansia mortal. —¡Ah, si fuese verdad!—se decía paseando como león enjaulado. Y con su imaginación iba figurándose la escena que a aquellas horas se estaba, sin duda, desarrollando.

Por fin, el ayudante apareció de regreso en el salón del trono. Estaba pálido como un muerto, y sus piernas temblaban como juncos. El rey se precipitó a su encuentro.

—¿Qué? ¿Cuántos hay?

Mas el desgraciado ayudante no acertaba a pronunciar palabra.

—¿Cuántos son?—repitió el rey, sacudiéndolo por los hombros...— ¿Cuántos son?

—Ve... veinti...

—Habla ya, desgraciado... Veinti...

—Veinti...cinco!

Al día siguiente, el ministro de Instrucción pública nombró una comisión de tres catedráticos de Universidad para resolver tan delicada cuestión. ¿Quién



tenía razón? ¿El rey o su ayudante? ¿Quién se había equivocado? ¿O acaso habían contado mal los dos?

(Concluye al final de la sección de "Amenidades".)

## LOS TRES AVENTUREROS

CONTINUACIÓN



Mientras el grueso de las fuerzas de los gauchos perseguía a los últimos fugitivos, Blake, acompañado de unos cuantos amigos, había hecho volver en sí al anciano padre de Rafa, que así que recobró el conocimiento voló hacia la colina y abrazó el cuerpo inerte de su hijo. Entre los gauchos había un médico que reconoció a los heridos, y el doctor aquel tranquilizó a todos; las



heridas que sufría el pequeño Rafa no eran graves; en cambio, las que padecía Boston eran de suma gravedad. A través de la pampa se organizó el lento cortejo que transportaba a los heridos, que al llegar al poblado quedaron solícitamente atendidos.

Diez días después, ya fuera de peligro Rafa, y muy mejorado el negro, cuya hercúlea constitución había vencido a



la muerte, Blake se despidió de sus amigos, prometiéndoles volver en breve para pasar con ellos una temporada. El padre de Rafa era uno de los colonos más ricos de la comarca, y adoptó a Boston y a Polo, emprendiendo acto seguido la reconstrucción del rancho, del que quería hacer un hogar delicioso para cuando estuviesen definitivamente curados los seres queridos.

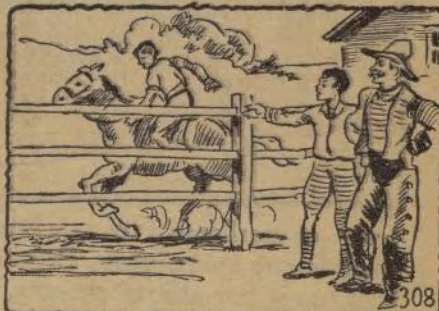


Dos meses más tarde el rancho reconstruido se alzaba sobre el valle, que se llamó "Valle de la Paz". Rafa y Polo, completamente curados, correteaban con el buen anciano y con su camarada Boston, a quien llamaban hermano. En todos los contornos los tres aventureros eran queridos y respetados por las gentes, que de vez en cuando se reunían en el "Valle de la Paz" para escuchar las



maravillosas aventuras que los aventureros narraban de sus viajes, y todas aquellas sencillas gentes adoraban al negro y a los dos muchachos que habían sabido captarse el general aprecio.

Y jamás sintieron deseos de volver a Europa ni de pisar las tierras civilizadas. Allí, sobre el "Valle de la Paz", se consideraban felices y dichosos, y allí



continuaron disfrutando aquella tranquilidad que tan bravamente supieron conquistar LOS TRES AVENTUREROS.

Fin de la novela

En nuestro próximo número comenzaremos a publicar una preciosa e interesantísima narración de emocionantes aventuras.



Es la historia de una pesca, por la que se armó una gresca.



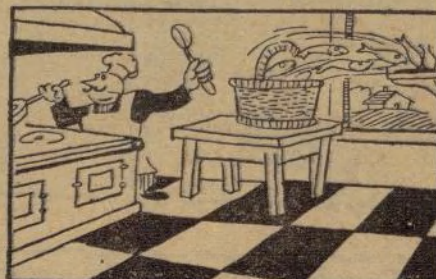
Se indigna el buen don Tronera, pues pescó una cafetera.



Y se le ocurre una idea, pero que la mar de fea.



Cogiendo un aspirador, va a pescar con gran ardor.



Desde el cesto los pescados se marchan evaporados.



Don Tronera, con gran maña, pesca sin cebo ni caña.



Y se aleja tan contento con todo su cargamento.



A pegarse un atracón de lenguados y salmón.



# CASCARILLA ES UNA ARDILLA



A Cascarilla le entusiasmaban los juegos circenses, y como estaba sin una "gorda", pues nuevamente se ha-



bía quedado sin trabajo, ideó el hacerse él también titiritero, educando al primer perro que encontrase, en



trabajos similares a los que hacían en el circo que anunciaban. Pronto acertó a pasar por allí un chuchó, y Cas-



carilla se dijo: "¡Esta es la mía! A éste le educo yo", y ya veis el resultado del experimento y de la educación.

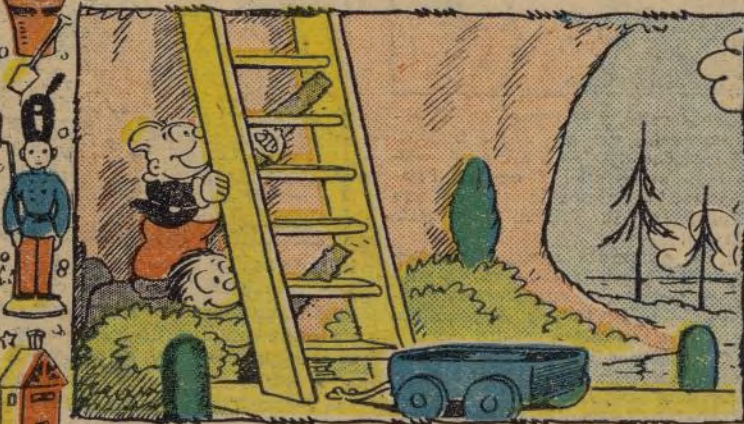


Castulito se había comprado una hermosa galleta, que su perrito Morrete se había empeñado en tragarse por las buenas.

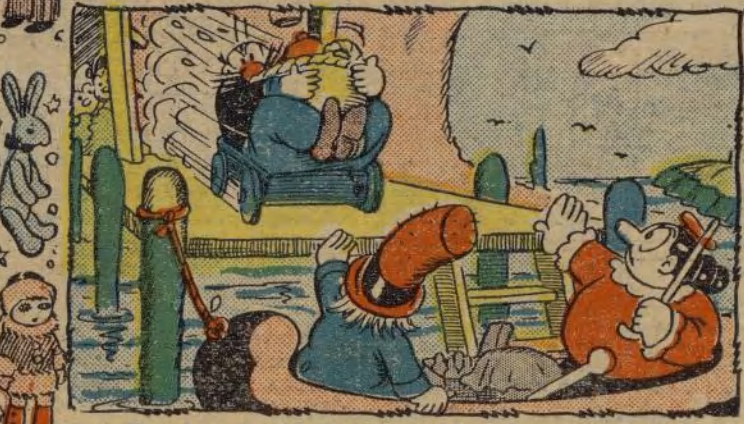
# HAZAÑAS AL ALIMÓN DE TARUGO Y PERDIGÓN



En la isla parecía haber renacido la calma, y mamá Tecla, muy contenta de que así fuese, decidió hacer una gran merienda y marcharse con Terre-Moto y Barba Cana a darse un hartazgo en el lago de la isleta.



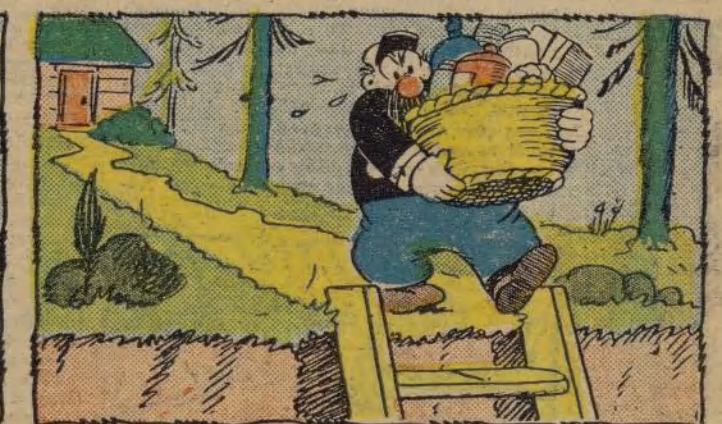
Los pilluelos se fueron a esperar a que llegase el imponderable Terre-Moto, que tenía que bajar por la escalera del embarcadero con el resto del equipaje, y serraron a conciencia los tramos de la escalerilla de madera.



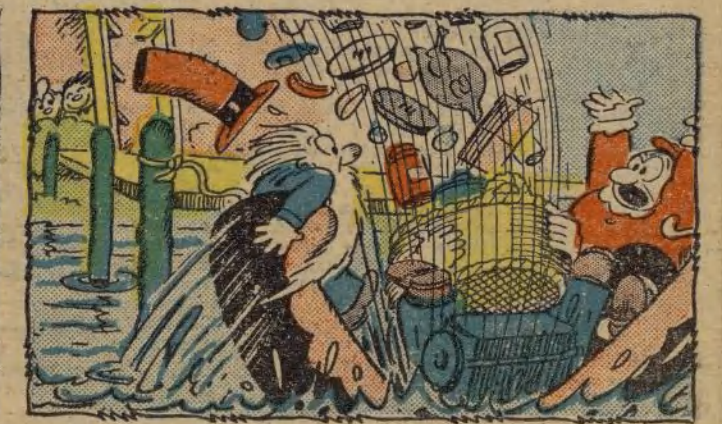
Con la velocidad de la caída, el marino imprimió una marcha vertiginosa al carrito, que, igual que una piedra lanzada por una catapulta, partió a una velocidad de drama interplanetario hacia la barquilla, donde le esperaban.



A Tarugo y Perdigon, por ser malos y travessos, les castigó mamá Tecla a que se quedasen en casita, y, además, les hizo cargar con gran parte de la merienda. Pero ellos no se apuraban por tan poca cosa, pues tenían un gran plan.



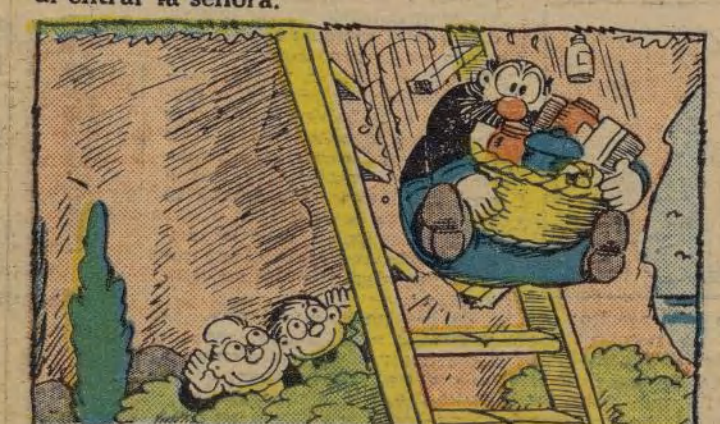
Terre-Moto llegó muy satisfecho, a pesar de ir tan cargado, pues se sonreía pensando en que, mientras ellos iban a hartarse de pasteles, pavo y pollo, los pilluelos se iban a quedar castigados y a la luna de Valencia.



Y, sin poder evitarlo, entre los gritos de espanto de mamá Tecla y Barba Cana, que veían llegada su penúltima hora, capitán y cochecito cayeron sobre la frágil barquilla, partiéndola en dos y sumergiéndola en el lago.



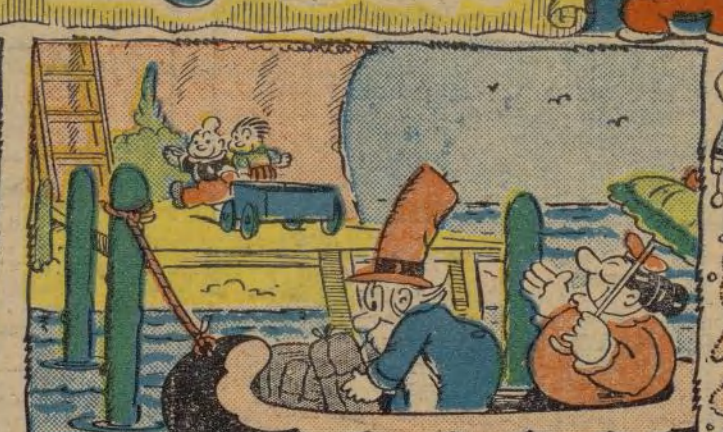
Mamá Tecla entró en la frágil barquilla con la misma elegancia que un hipopótamo entraría en un ascensor, y los pilluelos, muy finos y complacientes, sostuvieron la embarcación para que no zozobrase al entrar la señora.



Y, acariciando estos bajos y vengativos pensamientos, el capitán pisó, orgulloso y con paso firme, los peldaños de la escalera; pero, apenas hubo puesto el pie en el primer tramo, ésta se hundió con estrépito, arrastrándole trágicamente.



A costa de improbos esfuerzos, los tres naufragos consiguieron saltar a la superficie, y, en cuanto que mamá Tecla pisó tierra firme, enarboló un remo y comenzó a sopapear a los que creía causantes del hundimiento.



Mamá Tecla les vio marchar, saltándosele las lágrimas de emoción, pues ya le dolía haber castigado a sus retoños. "¡Pero qué bien mandaditos son y qué buenos!"—sollozó—. "Si, si... rezongó Barba Cana—. Muy bien mandaditos. ¡Malditos sean!"



Los peldaños, hábilmente serrados, se fueron desplomando, y el capitán se hizo migas la retaguardia, yendo, para colmo de desdichas, a caer de cu... tis en el carrito que los pilluelos habían preparado previamente.



Los pilluelos se dedicaron entonces a la agradable tarea de pescar la merienda, que flotaba alrededor de los restos de la barquilla, y Barba Cana y Terre-Moto, cuando pudieron escapar de mamá Tecla, llegaron, decididos a vengarse. (Continuará)

# RÉPOLLO CARA DE BOLLO



El invierno apretaba, y el pobre Repollo se estaba quedando con la nariz congelada de frío, pues no tenía



ni cinco para comprar carbón con que encender el brasero. Pero nuestro héroe era ingenioso, y fijaos del medio



de que se valió para, sin gastar un céntimo, proporcionarse combustible para su brasero, sin tener que moles



tarse siquiera en ir a buscarlo y pelearse con el carbonero para que le despachase pronto.

# Risa para la semana con "Laura" la charlatana



Castulito se había comprado una hermosa galleta, que su perrito Morrete se había empeñado en tragarse por las buenas.



Como Castulito no estaba dispuesto a dejarse arrebatarse su galleta, cogió a Morrete y le ató, a conciencia, con una sogá.



Castulito, entonces, echó a correr camino de la escuela, sin observar que Morrete, en un esfuerzo desesperado, había roto la sogá.



Y el pobre Castulito, que ya se creía libre de la matraca de su perro, le vio que de nuevo llegaba junto a él.



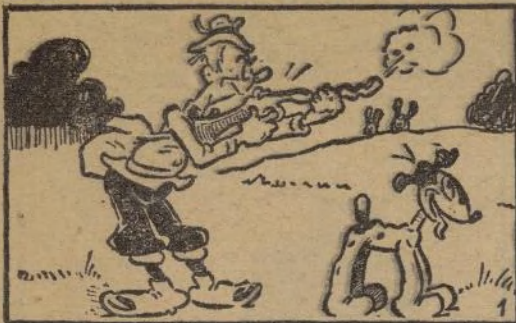
En aquella terrible incertidumbre, acertó a pasar por allí Laura, voceando incansablemente su mercancía, la ya famosa cola.



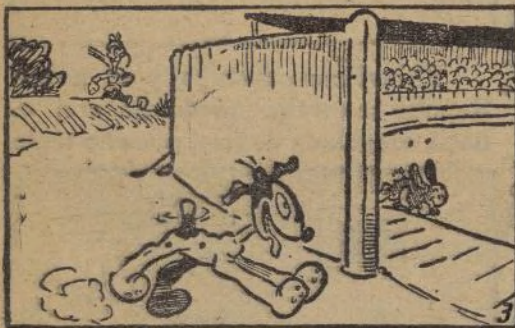
Y Castulito, comprándose un tarro de cola, pudo verse libre para siempre de Morrete. ¡Qué gran propagandista era Laura!



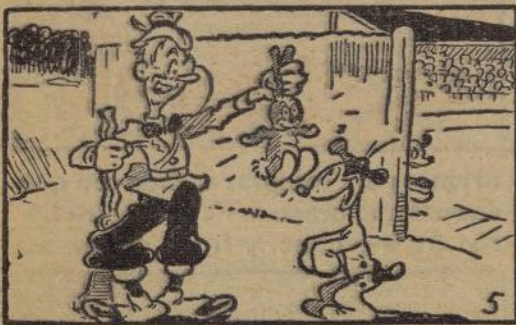
## EL PERRO DEL CAZADOR Y LA CARRERA DE GALGOS



Filomeno, notable cazador, que lo mismo mata a un elefante que a un mosquito, disparó con su reconocida mala puntería sobre un par de ino-



cho blanco, pues él sólo fallaba de seis tiros media docena, mandó a su fiel podenco a que reco-



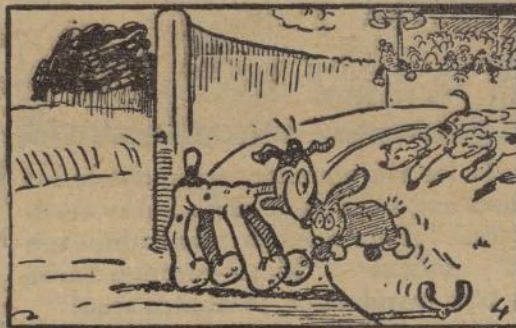
carreras de galgos, y, ni corto ni perezoso, cargó con la liebre mecánica, organizándose un cis-



entes conejos, que se recreaban contándose cuen-

tos de ladrones.

Filomeno, completamente seguro de haber he-



chese la caza, se la trajese, como tenía por cos-

tumbre. El fiel podenco se coló en la pista de las



co que terminaría en la Casa de Socorro, después de obligar a D. Filomeno a correr como un gamo

## AMENIDADES

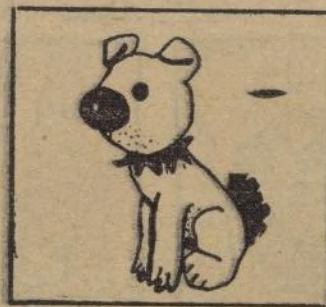


¡Olé los dibujos simpáticos, graciosos y artísticos! Y ¡olé la gracia de Corpus Manrique, de once años de edad, que desde San Pedro Manrique nos envía semejante maravilla.

—Además de cloruro de sodio, ¿qué otra cosa contiene el agua del mar?

—¡Peces!

Entre las sustancias comestibles para el hombre, no hay ni una sola de color azul.



Esto no es un perrito; es una monería de perrito, que desde La Puerta (Jaén) nos remite la nena de once años Marisa Navarro, que debe de ser otra monería. Lo decimos desde la puerta y desde la ventana.



Este cerdito retrechero lo ha dibujado Angelita Jiménez, de diez añitos de edad, y domiciliada en Albacete.

**DOS DOCENAS DE PESES**  
(Conclusión del cuento)

Se presentaron los tres profesores: los tres, viejos, calvos, cargados de espaldas. Traían bajo el brazo una tabla pitagórica y otra de logaritmos, y fueron conducidos ante los hijos del rey, que estaban dispuestos en tres hileras. Cada sabio contó una hilera; primero comenzando por la derecha, luego por la izquierda, después sumaron los tres resultados, multiplicaron la suma por dos, dividieron el producto por cuatro, elevaron el cociente al cubo, sacaron su mínimo común múltiplo, añadieron el máximo común divisor, hicieron otros muchos y complicados cálculos, y llegaron a la conclusión de que los hijos del rey, sin error posible, eran exactamente veinticuatro, ni una décima más ni una décima menos.

Luego se podía crear autorizadamente que tanto el rey como su ayudante se habían equivocado.

El ayudante, pues, tuvo que presentar su dimisión, por delicadeza; y el rey, contento de habers equivocado, tuvo, desde aquel día, que tomar por ayudante—para evitar posibles errores futuros—a un profesor de cálculo mercantil.

A LAS 12 (MAÑANA)

A LAS 4 (TARDE)

Todos los días

SESIONES INFANTILES

en el

PALACIO DE LA MUSICA

La formidable película

HOMBRES

DE MAÑANA

Lo mejor que se ha escrito después del "Quijote"

Pinchapeces en la Isla encantada

de SERRANO y ARIJITA

¡¡Chaveas!! Todos al

Teatro Fuencarral

a ver al inconmensurable PINCHAPECES, al Brujo Tres Pelos, a la Bruja, al mono, al Pez-Taxi, al capitán Espadón, al Genio del Bosque y a unas casticísimas ranas, que tocan el violín como quien lava

NOTA IMPORTANTE.—Se rifarán preciosos juguetes de la fábrica PAYA HERMANOS

¡Jeroministas! No paréis de gritar hasta que os lleven al

Teatro Fuencarral

donde pasaréis el rato más divertido de vuestra vida, admirando las peripecias de

Pinchapeces en la Isla encantada



## DON SIMPLÓN Y DINAMITA



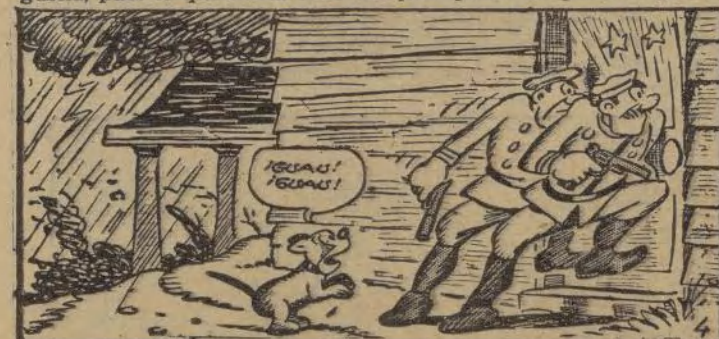
Los heroicos policías, guiados por el no menos heroico "Dinamita", corrian, como cesante perseguido por el sastre, en pos de la casa fatal donde estaban a punto de "difiarla" nuestros amigos.



Unos gritos, unos ayes quejumbrosos y dolientes, como de ser a quien le aprietan los zapatos por el empeine, salieron de la casa fatal, a la que llegaban ahora los heroicos policías.



Uno de los heroicos policías, el más heroico y el más policía de los dos, asomó el morro por la ventana y lanzó un ¡ay! de angustia, pues lo que había visto era para poner los pelos de punta.



Mientras "Dinamita" les animaba con sonoros ladridos, los heroicos policías forzaron la puerta, poniendo en el empeño todas sus fuerzas más o menos heroicas y policíacas.



Veintitrés segundos después la puerta estaba forzada, y los heroicos, etc., entraron en la casa fatal, ojo en la pistola y mano avizor (digo, al revés, que me he equivocado por la emoción).



Los instantes eran, si no críticos, por lo menos cronistas. "Dinamita" saltó por el montante, deslizando de un salto magnífico dentro de la cueva, donde iban a sucumbir don Simplón y el nene.

## BAJO EL IMPERIO DEL TERROR

AVENTURAS DE UNOS MUCHACHOS EN EL PARÍS REVOLUCIONARIO.

### CAPITULO XX

#### Olfateando la presa

Tristes, apesadumbrados por los amenazadores rumores que por todo París corrian sobre inminentes desmanes de los revolucionarios, Víctor y su hermano Pablo departían aquella noche en la casa de la marquesa de Lacy con la bondadosa anciana y con su sobrino Gerardo sobre sus comunes temores, sus esperanzas y los planes que venían fraguando para libertar a su padre.

—Hay que darse prisa—decían los dos hermanos—; una dilación podría hacer que llegara tarde de nuestro auxilio. El carcelero nos está entre-

teniendo con excusas, y no acaba de admitirme a trabajar en el interior del almacén.

—Calma, hijitos—les recomendaba la marquesa—; el amor os ciega y no habéis medido los riesgos de vuestra empresa y las consecuencias de un fracaso. ¿No es posible que el carcelero se haya dado cuenta de vuestras intenciones y os esté preparando una celada? Os aconsejo como madre; prometedme que no daréis paso alguno sin consultármelo y obtener mi aprobación...

Durante esta conversación, Gerardo había permanecido taciturno y absorto en sus pensamientos. A los reflejos de la misera luz que alumbraba la estancia había estado observando los progre-



sos que la enfermedad de su tía había hecho últimamente. Por aquella querida anciana había permanecido en París, entre mil riesgos, y ahora se daba cuenta de que, desgraciadamente, no habían de durar mucho tiempo sus obligaciones de piedad hacia la que había hecho de madre para con él.

De pronto, Gerardo enderezó su busto en una actitud de intensa atención. Había creído oír algún ruido en el jardincillo, y un simple rumor bastaba para inquietar profundamente por aquellos días en París.

La marquesa lo advirtió, y preguntó a su sobrino:

—¿Qué pasa?

—Nada. Debe de ser Alfredo. Por favor, no hagáis ruido alguno. En seguida vuelvo.

Y diciendo esto, salió cautelosamente.

—¿Quién es Alfredo?—preguntó Pablo.

—No lo sé, hijo—respondió la marquesa—. Gerardo me oculta muchas cosas, por miedo, sin duda, de causarme enojos. Será alguno de los amigos con los que tiene que convivir para seguir su farsa y despiatar a nuestros perseguidores. Pero... ¿no oís? Algo suena en el jardín...

Todos quedaron suspensos, sosteniendo la respiración, y pudieron percibir, efectivamente, gemidos, suspiros, maldiciones y golpes como de una



lucha cuerpo a cuerpo. Víctor quiso lanzarse a la puerta en socorro de su amigo, que evidentemente peligraba; pero la marquesa lo contuvo con autoritaria energía.

—¿Adónde vas, imprudente? Te lo prohíbo en absoluto. Podrías comprometerte más a él y a todos nosotros. Apaga la luz, estate quieto y déjanos oír.

Tras algunos momentos de angustiosa ansiedad, el ruido se fué alejando, y luego se sintió que cerraban la puerta de la calle. Volvió a reinar el silencio más absoluto. Víctor entonces pudo desasirse y salió precipitadamente al jardín. Al poco rato volvió trayendo en sus manos dos jirones de dos prendas distintas.

—La corbata de Gerardo—exclamó la marquesa, tomando en sus manos uno de los dos jirones.

Entretanto, Pablo, examinando absorto el otro jirón, manchado de barro y con unas pintas de sangre, prorrumpió en desoladas exclamaciones:

—¡El pañuelo de Emilio, del pobre hijo de Miguel! Lo reconozco por este desgarrón que se hizo en el bosque y por la cifra de sus iniciales. ¿Dónde estará? ¿Qué habrá sido de él?

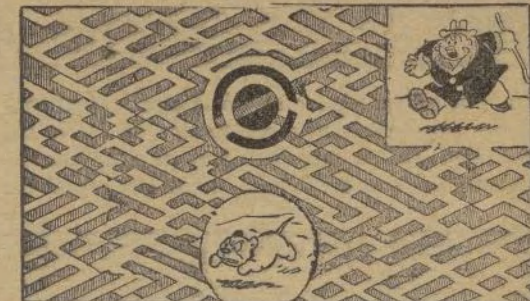
Sin poder responder a estas preguntas, Víctor comprendió que tenía que salir a buscar noticias para descifrar aquellos misterios. Se puso, pues, su carmañola y su gorro colorado, y, despidiéndose, corrió desolado al club de los Jacobinos.

(Continuará.)

## PASATIEMPOS



Si queréis que aparezca el dibujo completo, unid los puntos por su orden, del 1 al 65.



A don Simplón se le ha escapado su perrito. ¿Qué camino seguirá don Simplón para alcanzar a "Dinamita"?

### SOLUCIONES A LOS PROBLEMAS DEL NUMERO ANTERIOR



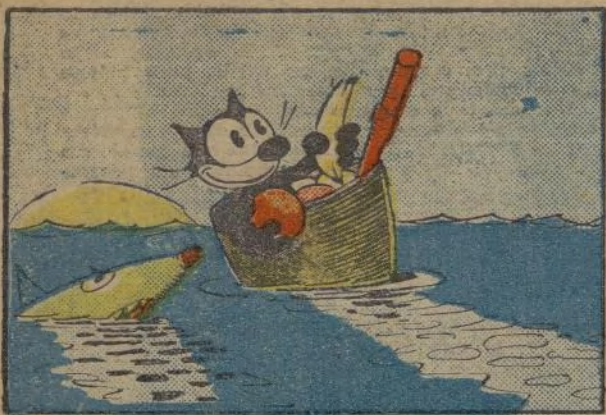
La línea negra indica el camino que siguió el gato "Félix" para alcanzar a la cotorra "Laura".



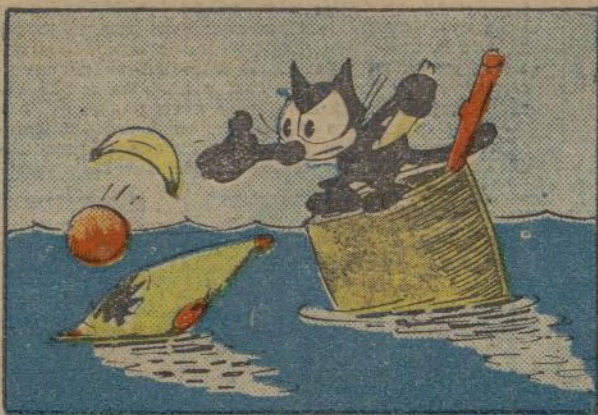
Combinadas las letras iniciales de las cosas dibujadas, resulta el apellido de Menéndez Pelayo.



# ANDANZAS DE GATO FELIX



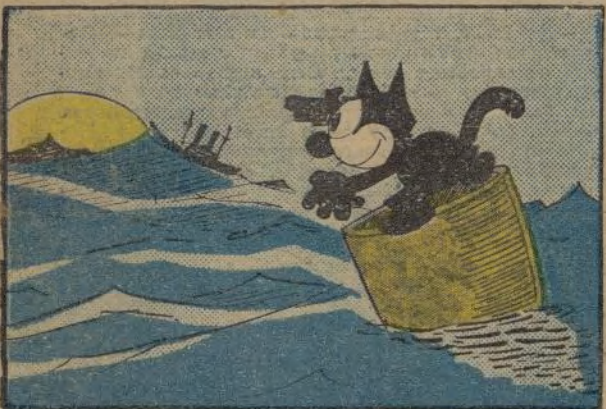
Félix navegaba sin descanso en su magnífico barco acorazado, pero comenzaron a escasearle las provisiones de que se había provisto en la isla desierta, pues tan sólo le quedaban un plátano y un coco para desayunar.



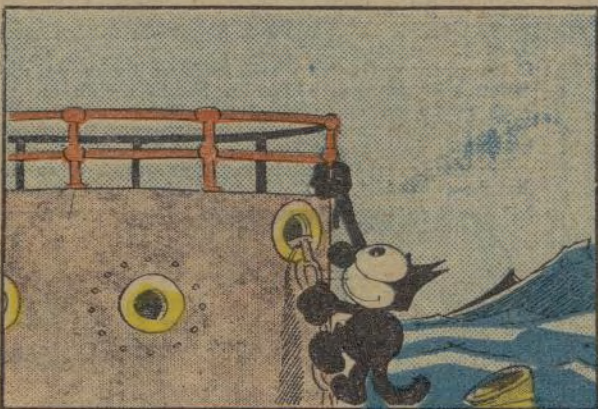
Para colmo de males, y en el momento en que se disponía a hincar el diente a los manjares, apareció un tiburón, que le dijo que le diese coco y plátano por las buenas, o de un coetazo le echaba a pique.



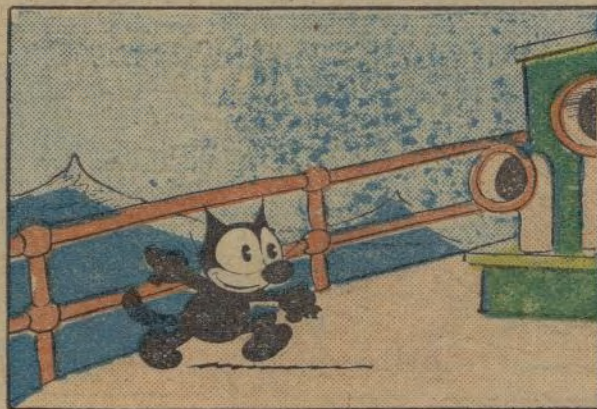
El pobrecito del gato no tuvo más remedio que cumplir lo que le ordenaba aquel monstruo, y se quedó solo en medio del Océano, sin víveres, hecho polvo y sin dar ni un cuarto por su pellejo, harto maltrecho.



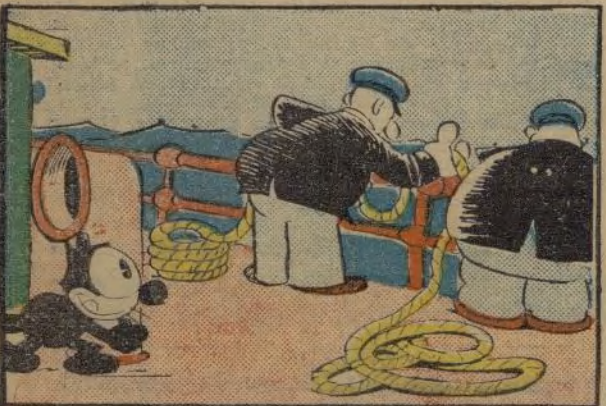
Y cuando ya la desesperación le atenazaba y no sabía en qué iba a quedar aquello, vió aparecer a lo lejos la figura elegante de un barco que navegaba despacito por las aguas en calma de aquel mar misterioso.



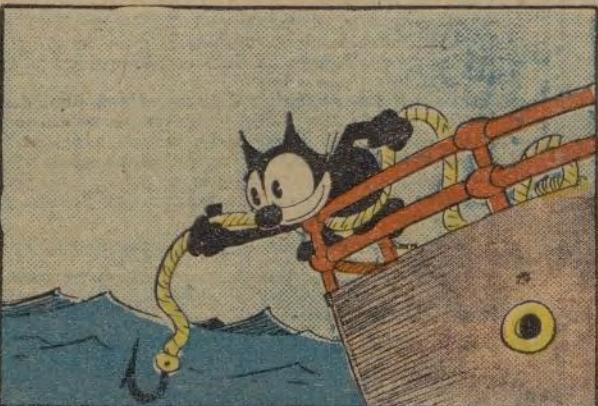
Félix comenzó a remar desesperadamente, y pronto dió alcance al barco desconocido, el cual escaló en menos que canta un gallo, y subió sobre cubierta, bendiciendo al destino, que providencialmente le salvaba.



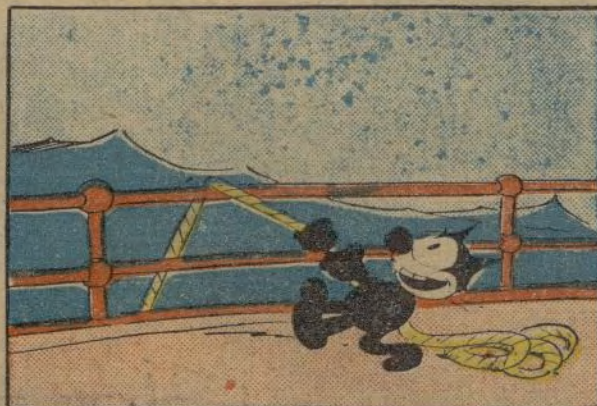
Como ya estaba un tanto escamado de aquellos barcos misteriosos, donde luego se veía negro para salvar la pelleja, decidió darse una vueltecilla, tomando precauciones para evitar un mal encuentro,



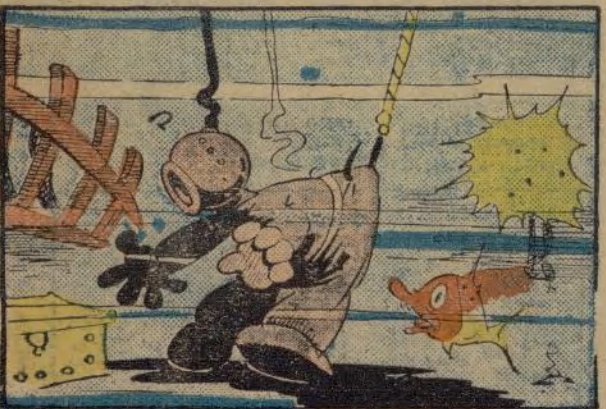
En uno de los entrepuentes vió al capitán y al contramaestre, que miraban, emocionados, al fondo del mar, emitiendo frases entrecortadas, en tanto que dejaban caer al fondo un largo tubo, por el que soplaban.



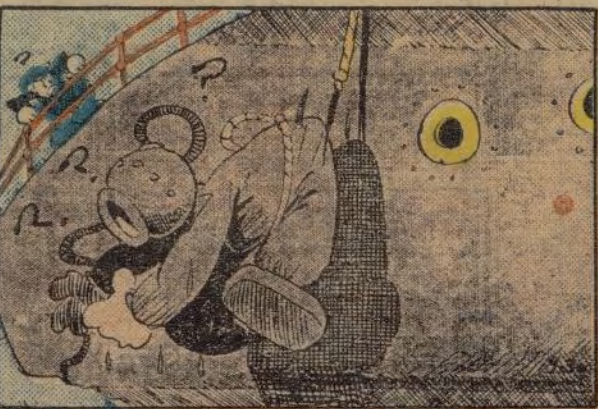
Félix se figuró que lo que les pasaba a los marinos era que no podían detener el barco, y entonces decidió arrojar un ancla pequeña para hacer que aquel barco parase, pensando en lo mucho que iban a agradecerse.



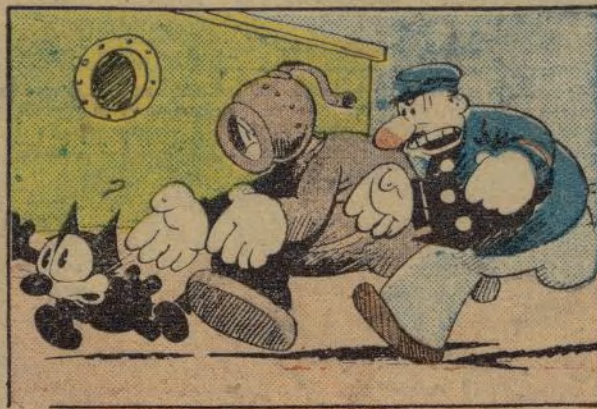
Pronto notó que el ancla se enganchaba en un objeto, que no dudó sería una roca; pero, al comprobar que había enganchado algo pesado, pensó un instante que a lo mejor había pescado un valioso tesoro submarino.



Lo que había pescado Félix era lo contrario. Era, precisamente, a un buzo, que, por mandato del capitán del barco, buscaba, ya desde hacía siete días, un tesoro, y, en el instante de ir a cogerlo, notó que le subían.



El buzo, desesperado, quiso defenderse, gritar. ¿Pero por qué le sacaban del mar en el momento en que iba a encontrar el tesoro? Y, mientras tanto, el gato tiraba de la cuerda, pensando: —“¡Pero cuánto, cuánto me lo van a agradecer!”



Y así que el buzo se vió sobre cubierta y comprobó quién le había hecho la faena, llamó al capitán, y ambos, furiosos y enardecidos, se lanzaron sobre el intruso. ¡Pobre Félix! ¡Qué mala pata tenía! ¿Qué iba a pasar?

(Continuará)